

JOSÉ ZEPEDA

El dolor de la memoria

Habían pasado más de cuatro semanas desde el suicidio inducido del presidente Salvador Allende. Las cárceles, los cuarteles y los estadios estaban llenos de prisioneros. Señoreaba la muerte y la tortura. El miedo había devenido en epidemia contagiosa a través del aire que se respiraba.

En el norte —a 840 kilómetros de Santiago, a la entrada del desierto—, en la ciudad de Copiapó, más de cien presos estaban repartidos entre el cuartel del ejército y la cárcel. Una mañana de octubre fuimos testigos mudos de los preparativos para recibir a un general. Era día 16 y la llegada era inminente. En el caso de la tarde, el helicóptero Puma descendió a escasos metros de donde estábamos encerrados. La polvareda velaba el paisaje y la razón. Creíamos que el general venía a enterarse de lo que realmente había ocurrido en la zona. Suponíamos que el informe de las autoridades locales sería escueto: ni un balazo, ni la más mínima resistencia. A lo más, la rebeldía de unos pocos que pretendieron, sin éxito, realizar transmisiones clandestinas. El resto era la misma canción que se entonaba en todo el país: arrestos, tortura sistemática en busca de armamento o por simple venganza, intimidación y toque de queda. Nos preparábamos para el exilio interior, conocido en Chile como relegación. Los augurios se dirigían al sol incandescente del desierto, las islas poco pobladas, el frío antártico del fin del mundo.

Nuestra ignorancia del carácter real del golpe militar era absoluta. O tal vez no era ignorancia, sino epidérmica convicción democrática. A nadie se le pasaba por la cabeza que podría ocurrir algo más grave que algunos meses de cárcel o una relegación.

Nos encerraron a eso de las ocho de la tarde, en lo que conocíamos como “el gallinero”: un viejo depósito o almacén, dividido en dos por una rejilla metálica. Al rato aparecieron dos oficiales de la comitiva del general Sergio Arellano Stark. Tenían aire socarrón, andar arrogante. Se sabían los domadores de la vida y de la muerte. Su único comentario fue: “Así que estas son las palomitas...” Ni una palabra más.

Por la noche el silencio estaba poblado por respiraciones de vigilia. Los más recónditos pensamientos, las más oscuras premoniciones apagaban los otros sonidos de la oscuridad. Cerca de las dos de la madrugada se encendió la luz del gallinero. Un teniente gritó a voz en cuello: “pongan atención a la lista. Las siguientes personas deben salir inmediatamente al patio”. Eran seis en total. Apresura-

José Zepeda es director del Departamento Latinoamericano de Radio Nederland

dos, a medio vestir, con el miedo y la incertidumbre en los ojos, fueron saliendo uno a uno. Algo parecido ocurría en la cárcel. De allí se llevaron a siete.

Esa noche fue de insomnio. En la madrugada hubo camas vacías. Pese a toda adversidad, pretendíamos convencernos que habían sido trasladados a la prisión.

A las nueve de la mañana, un suboficial encargado de nuestra custodia y con el cual había entablado una relación deferente me pidió que volviese al gallinero. Me hizo ubicarme detrás de la rejilla. Su voz era temblorosa, aunque hacía esfuerzos para parecer enérgica. “No tienes que preocuparte, estamos en cero”.

¿Cómo en cero?

Aquí no va a pasar nada más. Los mataron a todos.

¿Cómo?

!Que no escuchas!. Que los mataron a todos.

Temblor y lágrimas.

“Tu se lo cuentas al resto”, me dijo y, dejando entreabierta la rejilla, se marchó.

Lo primero que atiné fue a llamar a mi viejo profesor de educación física. Las palabras se me escapaban a borbotones. Los mataron. En su rostro conocí, por vez primera, el horror. En sus ojos, la zozobra y el llanto eran una misma cosa. A los pocos minutos el luto había oscurecido todos los rostros. Por la radio local, el locutor daba la noticia rebosante de alegría: trece presos políticos intentaron huir y se les aplicó la ley de fuga.

El mecanismo del drama comenzaba a exhibir sus fauces. A la noche siguiente y casi a la misma hora un militar pidió, papel en mano, que salieran otros tres prisioneros. El general Stark ya se había marchado más al norte con su caravana de la muerte, pero dejaba detrás un dispositivo de efecto retardado.

Creo que pasaron otras 24 horas hasta me habló nuevamente el suboficial. Tenía ojeras, piel cetrina, hastío en la cara. Me sorprendió que dejará su ametralladora a mi lado. Apoyó su espalda en la pared y como dirigiéndose a nadie comenzó el monólogo definitivo:

“Son unos chacales. Nosotros no tenemos nada que ver en esto. No tenemos ninguna responsabilidad. No se si habrá sido porque los trato a ustedes con respeto, o qué se yo, pero soy uno de los que tuvieron que enterrarlos. Los habían amontonado en un camión, tapados todos los cadáveres con una lona. Fue horrible. Eran cuerpos mutilados. A (...) lo lanzaron del segundo piso al camión con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda; a (...) le habían sacado los ojos; a (...), enterrado el corvo en el estómago; con (...) se ensañaron con brutalidad. Me contaron que nuestro teniente no pudo resistir más en un momento, y gritando BASTA, ametralló a (...) Estaban borrachos y drogados, parecían bestias que habían salido de caza. ¡Cómo es posible! Los tres prisioneros del día mas tarde fueron simplemente puestos contra el monte y acribillados por oficiales y soldados locales”.

Ninguno de los asesinados tuvo juicio. Ninguno alcanzó a esbozar una defensa. Los trece fueron enterrados en una fosa común cubierta de cal, arena y tierra seca del desierto. Los tres rezagados fueron más afortunados: recibieron ataúdes de pino.

Al cabo de más de 20 años sus cuerpos fueron exhumados y los forenses certificaron las atrocidades que habían padecido. Recién, tras más de dos décadas, sus familiares pudieron hacer el luto y proceder a las exequias fúnebres. Media ciudad se volcó a la calle para rendir homenaje a los caídos y sin palabra, sin un grito, sólo con su presencia condenaron a los asesinos.

El escudo de Chile tiene como leyenda: “Por la razón o la fuerza”. El epitafio de los asesinados en Copiapó reza: “Por la fuerza pero sin la razón”. Desde el primer día, manos anónimas llevaron flores a la fosa. Nunca les falta una rosa o un clavel. El dolor de la memoria es un grito a la vida.